

delante de él á través de la muchedumbre y de una prodigiosa cantidad de hachas encendidas que se llevaban, ya para honrar al santo prelado, ya para alumbrarle, porque hay motivo para creer que era de noche. Viendo el patriarca á nuestro santo abad marchar así delante de él con tanta alegría y fervor, aun cuando era apretado por todas partes por la gente y casi quemado por las antorchas encendidas, no pudo menos de decir á los obispos que con él estaban estas palabras que no muestran menos su humildad que la que él reconocía en Teodoro: « Mirad con qué apresuramiento y fatiga anda delante de nosotros este superior de una multitud de monges. He ahí á verdaderos padres y que merecen más que nosotros llevar este nombre, siendo tan humildes y sumisos por el amor de Dios. ¡ Cuán dichosos son y dignos de estima aquellos que llevan continuamente la cruz de su Salvador, que ponen su gloria en aniquilarse, y que hacen consistir su reposo en el trabajo, hasta tanto que reciban la corona de manos de su soberano Maestro! »

Después que el santo prelado hubo girado la visita por las ciudades de Antinoé y Hermópolis, en donde permaneció algunos días, se dirigió á los monasterios de Cais y Obi, que Teodoro habia fundado segun dijimos, y que no estaban lejos de allí. Reconoció de nuevo con un verdadero gozo de su corazón, cuán sincero y respetuoso era el afecto que los hermanos le tenían, y glorificó por ello al Señor. Quiso ver la iglesia, el refectorio, las celdas, y generalmente todo lo que habia en el monasterio, y halló todas las cosas tan bien arregladas que dijo al Santo abad: « ¡ Oh Teodoro! seguramente que haceis una grande obra en asistir de este modo á las almas. Habia oido hablar con elogio de vuestros reglamentos monásticos, y encuentro que aquí todo vá perfectamente bien. Parece que habeis heredado la gracia de vuestro bienaventurado padre Pacomio, y viéndoo á vos creo ver á Jesucristo. »

Se acercaba la fiesta de Pascua. Teodoro, segun la costumbre de la Orden, debia ir á celebrar á Pabau con los hermanos. San Atanasio que no lo ignoraba, no quiso retenerle mas tiempo, y le dió una carta para Orsise y los demás hermanos. En ella les notifica la alegría que habia tenido de ver á Teodoro y á los religiosos que vivian bajo su conducta, y que habia considerado en él al Señor y Dios del bienaventurado Pacomio. Al despedirse Teodoro, le rogó que se acordase de él, y el santo prelado le respondió con aquellas palabras del salmista: *Si yo te olvido ¡ oh Jerusalem! consiento que mi mano derecha se seque; y quiero que mi lengua se me pegue á la garganta, si no me acuerdo de ti.* (Psal. 136, v. 6 y 7.). Sin embargo Teodoro le dejó su bajel con los religiosos que le conducian, y recomendó á estos que obediesen al santo patriarca conio á quien tenía sobre ellos una autoridad absoluta.

La carta de San Atanasio fué para Orsise un gran motivo de consuelo. Y por cierto que de este tenía necesidad por la tristeza que le causaba la conducta negligente de algunos hermanos; porque aun cuando la Orden estaba llena de fervorosos religiosos, habia sin embargo en ella muchos para quienes la solicitud de las cosas temporales era todavia una piedra de tropiezo, ya que esta solicitud disminuia en ellos la aplicacion á lo espiritual. Orsise, pues, tenia, por ello el corazón atravesado de dolor. San Teodoro procuraba consolarle y por esto le habia sacado de su retiro de Moncosa para hacerle ir á Pabau; pero él mismo no estaba por esta causa menos afligido que Orsise, considerando que esto tendia á la ruina de la union y de la observancia regular.

Procuraba obtener de Dios el remedio de este mal y con este fin ayunaba muy rigurosamente, llevaba cilicio, lanzaba profundos suspiros y derramaba muchas lágrimas en su divina presencia. Separábase tambien frecuentemente de

sus religiosos para ir á la montaña en donde había el sepulcro de San Pacomio y de los demás hermanos, y allí era donde derramaba su corazón delante de Dios con más ardor, para atraer bendiciones sobre sus cuidados y sobre todo para obtener el cambio de aquellos religiosos cuya negligencia le causaba tanta pena.

Un día sucedió que un hermano, furioso por saber lo que iba á hacer á la montaña, le siguió hácia ella de lejos, y vió que subía sobre el sepulcro de San Pacomio; después de lo cual, habiéndose él acercado más, le oyó que oraba de esta manera: « Señor, Dios de nuestro padre Pacomio, sobre cuyo sepulcro me encuentro ahora, os suplico que tengais á bien quitarme de este mundo, puesto que veo que en él se dejan algunos dominar por la negligencia y no se tiene cuidado de practicar el bien. Sin embargo, Señor, no abandoneis á vuestros siervos, aun cuando se dejen llevar de la relajación. Inspiradles un verdadero temor de los suplicios eternos á fin de que abandonen su pereza y se reanimen con un santo fervor, y haced que anden con alegría el camino que les habeis trazado. Acordaos, Dios mío, que somos obra de vuestras manos y que no perdonasteis á vuestro Hijo único, sino que le entregasteis á la muerte para la salvación de todos. ». Aquel hermano que le había seguido fué presa de espanto al oírle orar de esta suerte, y sobre todo viendo que pedía á Dios que le retirase de este mundo.

Pronto se vió que su oración había sido oída, al menos en cuanto á la muerte que deseaba. No puede dudarse que Dios se lo dió á conocer, porque habiendo vuelto al monasterio, y habiendo el sábado santo por la noche cerrado los ojos á uno de sus religiosos, llamado Heron, dijo positivamente á los que se hallaban presentes que aquella muerte sería seguida de otra que no se esperaba.

Al día siguiente, fiesta de Pascua, que el historiador lla-

ma el domingo de la alegría á causa del triunfo de Jesucristo, hicieron las exequias á Heron; y después de las fiestas, habiendo hablado San Teodoro á todos los hermanos reunidos de todos los monasterios á causa de la solemnidad, y habiéndoles exhortado á la virtud con tanto mayor ardor cuanto que veía bien que era la última vez que les daba sus saludables consejos, comenzó á sentir los golpes del mal de que murió.

Orsise, que le asistía en su enfermedad vió con gran aflicción que no había ya más esperanza que en la oración. Juntó á todos los religiosos en el oratorio para hacerla, y rogó al Señor que le quitase á él de este mundo antes que á Teodoro; pero Dios había ya escuchado los deseos de aquél, el cual llegó pronto á su última hora. Antes de espirar, preguntó á Orsise delante de todos si le había ofendido en algo. Orsise no le pudo responder porque las lágrimas y los sollozos le impedían hablar; y el santo abad añadió: « Mi conciencia no me reprocha de haber ofendido jamás ni á vos ni á ninguno de los hermanos, y Dios sabe que en cuanto me ha sido posible, no he sido negligente en lo tocante á mi salvación ni á la de los demás. No quiero sin embargo que penseis que esto me lo deba á mí mismo, sino que ha sido más bien un efecto de la misericordia de Dios. » Entregó su espíritu al acabar estas palabras. Esto tuvo lugar el 27 de Abril del año 367 ó 368, á los 65 años de su edad, según los continuadores de Bolando, y según otros á los 53.

La muerte de este santo hombre fué anunciada con los llantos y ayes de sus religiosos, que hasta se oían desde la otra parte del Nilo. Permanecieron muchos días sumidos en una inesplicable aflicción, tanto más cuanto que habían amado su virtud, y que muchos tenían que echarse en cara el haberle obligado con su tibieza á rogar á Dios que le quitase de este mundo. Sepultáronle en la montaña con

los demás; pero cuando todos hubieron bajado al llano, Nafarso, religioso antiguo que ocupaba el segundo lugar en Pabau, volvió allá con algunos otros y sacando su cuerpo del lugar en que le habían puesto lo colocó cerca del de San Pacomio.

Gennado dice de él que fué el sucesor de la gracia de su padre San Pacomio, como lo fué de su autoridad. Le dá el título de sacerdote: *Theodorus presbyter*. Es cierto que esto es una equivocacion como lo notan muy bien los continuadores de Bolando, y se engañó por el equivoco del término griego *presbuteron* que había que traducir en latin por la palabra *antiguo* y no *sacerdote*. El mismo autor dice que escribió á los monasterios cartas llenas de sentencias de la sagrada Escritura, en las cuales cita con frecuencia á su padre San Pacomio y propone el ejemplo de sus virtudes. Bivario cree que el tratado que se encuentra en la *Biblioteca de los Padres* bajo el título de *la Doctrina de Orsise*, y del cual dimos un resumen en el capítulo precedente, es de San Teodoro. (Biv. de vet. monach., l. 3, c. 6 § 2.)

No se requiere mejor prueba de la santidad de Teodoro que los brillantes testimonios que San Atanasio hizo de él en muchas ocasiones, y el pesar que tuvo de su muerte. Pondremos aqui la carta que con este motivo escribió á Orsise y á los religiosos de Tabennes, para consolarles de una tan gran pérdida. Esto será como el elogio fúnebre de este gran Santo.

« Atanasio, al abad Orsise, padre de los monges y á todos los que con él hacen profesion de la verdadera fé y de la vida solitaria. Muy queridos y amados hermanos nuestros, salud en Nuestro Señor.

« No he podido saber la muerte del bienaventurado Teodoro sin sentir por ella un extremo dolor, sabiendo cuán útil y hasta necesario os era. Por cierto, si no fuese Teo-



Les Religieuses de Tabenne.  
Les Religieuses de Tabennes.

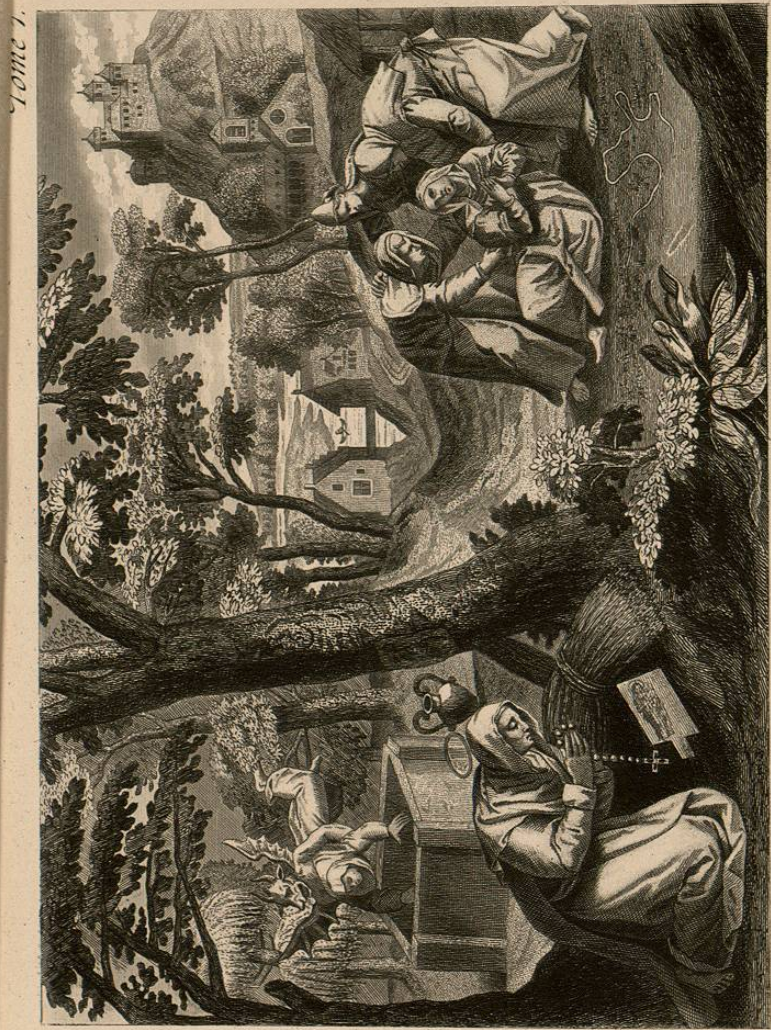
los demás; pero cuando todos hubieron bajado al llano, Nafarso, religioso antiguo que ocupaba el segundo lugar en Pabau, volvió allá con algunos otros y sacando su cuerpo del lugar en que le habian puesto lo colocó cerca del de San Pacomio.

Gennado dice de él que fué el sucesor de la gracia de su padre San Pacomio, como lo fué de su autoridad. Le dá el título de sacerdote: *Theodosius presbyter*. Es cierto que esto es una equivocación como lo notan muy bien los continuadores de Bellandier, y se cagañó por el equivoco del término griego *presbyteron* que habia que traducir en latín por la palabra *antiguo* y no *sacerdote*. El mismo autor dice que escribió á los monasterios cartas llenas de sentencias de la sagrada Escritura, en las cuales cita con frecuencia á su padre San Pacomio y propone el ejemplo de sus virtudes. Bivario cree que el tratado que se encuentra en la *Biblioteca de los Padres* bajo el título de *la Doctrina de Orsise*, y del cual dimos un resumen en el capítulo precedente, es de San Teodoro. (Biv. de vet. monach., l. 3, c. 6 § 2.)

No se requiere mejor prueba de la santidad de Teodoro que los brillantes testimonios que San Atanasio hizo de él en muchas ocasiones, y el pesar que tuvo de su muerte. Ponemos aquí la carta que con este motivo escribió á Orsise y á los religiosos de Tabennes, para consolarles de una tan gran pérdida. Esto será como el elogio fúnebre de este gran Santo.

« Atanasio, al abad Orsise, padre de los monges y á todos los que con él hacen profesion de la verdadera fé y de la vida solitaria. Muy queridos y amados hermanos nuestros, salud en Nuestro Señor.

« No he podido saber la muerte del bienaventurado Teodoro sin sentir por ella un extremo dolor, sabiendo cuán útil y hasta necesario os era. Por cierto, si no fuese Teo-



Gravé d'après

Par M. de la Harpe

*Les Religieuses de Tabenne.*

*Las Religiosas de Tabennes.*

doro quien ha muerto, tendria necesidad de valerme de un largo discurso y mezclar mis lágrimas con las vuestras para consolaros, considerando cuánto hay que temer los juicios de Dios al dejar esta vida ; pero desde el momento que se trata de un Teodoro á quien habeis conocido, y á quien yo mismo he conocido tan bien ¿ qué debo deciros de él sino que es bienaventurado, ya que jamás anduvo por el camino de los malos ? En efecto, si llamamos bienaventurado al que teme á Dios ¿ cómo no llamaríamos tambien así á aquel cuya salvacion no podemos poner en duda ? ¡ Quiera Dios que nosotros participemos un dia de su felicidad ! ¡ Quiera Dios que terminemos nuestra carrera del modo que él la ha terminado ! ¡ Quiera Dios que nosotros, que todavia navegamos en el océano del mundo, conduzcamos tan felizmente como él nuestro bajel á aquel bienaventurado puerto, en donde unidos á nuestros padres, podamos decir con ellos : Esta es la morada que he escogido, y en ella habitaré eternamente.

Por esto, queridos hermanos míos, no lloremos ya la muerte de Teodoro. Nadie, pensando en él vierta lágrimas, sino pensemos más bien en imitar sus virtudes. De ningun modo conviene afligirse por la suerte de aquel que ha llegado felizmente á una mansion exenta de toda clase de penas ; y esto es lo que os digo á todos en general.

« En cuanto á vos, querido y amado Orsise, no puedo recomendaros demasiado el que os encargueis del cuidado de los monasterios, pues Teodoro ya no existe. Acordaos que cuando vivía, obrabais de concierto y con una tan estrecha union que cuando el uno estaba ausente, el otro suplía su falta, y que aun cuando os encontraseis juntos, no teníais sino un mismo espíritu y una misma voluntad para el bien de los hermanos. Haced hoy lo mismo, y decidme en qué estado os hallais vos y tambien vuestros religiosos. Pedid al Señor que se digne conceder á la Iglesia una paz

duradera. Por el presente, tenemos el consuelo de celebrar las solemnidades de Pascua y Pentecostés con tranquilidad, lo cual no es para nosotros un pequeño motivo de alegría. Saludad de nuestra parte á todos los que tienen un verdadero temor del Señor. Os saludan los que están conmigo. Deseo, muy queridos y amados hermanos míos, que el Señor os conserve. »

La fiesta de San Teodoro está señalada en el *Martirologio romano*, el 28 de diciembre. Los Griegos la celebran el 16 de Mayo, y en sus oficios le tributan magníficos elogios.

---

#### ALGUNOS DISCIPULOS DE SAN PACOMIO <sup>1</sup>.

Entre los discípulos de San Pacomio, que Dios le envió para ser como las piedras fundamentales de su Orden, se contaban Psentaesio, Psois y Sur ó Syr.

Psentaesio era egúmeno ó superior de un monasterio, desde el año 346. Despues de la muerte de San Pacomio fué uno de los más firmes apoyos de la congregacion. San Teodoro se servía de él en los negocios más importantes. Obligaba á los religiosos que caian en faltas considerables á declarárselas á él ó á Pecusio.

Nada de particular sabemos de Psois. El historiador de San Pacomio dice en general de él y de algunos otros, que eran fuertes en el ejercicio de las virtudes y verdaderos atletas en la piedad.

Sur ó Syr habia sido nombrado superior de Pachnum

<sup>1</sup> Vit. pp., Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

por San Pacomio. Desempeñaba este cargo en 346. San Jerónimo dice de él que había recibido de Dios por ministerio de un ángel la gracia de una lengua mística, como San Pacomio y Corneille. En la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano, se encuentran tres cartas que San Pacomio le escribió en este misterioso language.

A más de los tres excelentes discípulos de los cuales acabamos de hablar, Pecusio, Corneille, Juan, y un segundo Pacomio fueron á alistarse bajo la disciplina del Santo. Pecusio entró jóven en la Orden é hizo en ella en tan poco tiempo un tan gran progreso en la virtud, que mereció ser calificado por excelencia con el título de Siervo de Dios por su padre espiritual San Pacomio, cuyo historiador le llama el verdadero amigo. Él fué quien llevó á Tabennes al gran san Teodoro, habiéndole encontrado al ir á Lato-ple, en un monasterio de solitarios que visitó.

Ammon, del cual hemos hablado en la vida de San Teodoro, supo de Pecusio muchas revelaciones con las cuales Dios había favorecido á este Santo, y las cuales había sabido Pecusio por el mismo San Pacomio. Las hemos contado casi todas en el capítulo precedente, pero añadiremos aquí una que hemos omitido, y que siendo muy conforme á las que se cuentan de algunos santos de los últimos siglos, hace ver que esos insignes favores no quedan sin ejemplo en la antigüedad.

Pecusio, pues, contaba que San Teodoro, estando con San Pacomio en el monasterio de Tabennes, y habiéndose puesto de noche en oracion, se sintió tan atacado de sueño, que se vió obligado á salir del punto en que estaba y pasearse por el monasterio, hasta tanto que le hubiesen pasado las ganas de dormir. De este modo se fué hasta la puerta de la iglesia en donde por último despues de haber orado algun tiempo, no pudiendo resistir más el sueño, se vió obligado á ceder á él. Mientras dormía, se le apareció un